

LA VIDA EN MOVIMIENTO: DE LA MANO DE ORTEGA

César Flores Flores

Laboratorio de Biología Molecular, S.A.C.E.

Se percibe en nuestra sociedad un anhelo de equilibrio imperturbable. Nos afanamos trabajosamente en alcanzar un estado en el que instalarnos sin sobresaltos, o por lo menos sin demasiados sobresaltos, a manera de un nirvana convenientemente amoldado a nuestra situación personal, una atalaya desde la que contemplar la vida como espectadores sin arriesgar demasiado en el lance. Ponemos nuestro empeño en la consecución de dicho objetivo sin darnos cuenta, o tal vez sin querer darnos cuenta, de que la vida no es instalación sino todo lo contrario, movimiento cargado de dramatismo.

Incluso a un nivel meramente biológico – el de la célula, el del ser vivo – la vida es un proceso dramáticamente irreversible alejado del equilibrio. La entropía o desorden aumenta en el universo, según propugna la segunda ley de la termodinámica, mientras que los seres vivos se empeñan obstinadamente en mantener estructuras altamente organizadas, células, tejidos, órganos. Sin embargo, el remar contra corriente, contra el desorden en aumento del universo, exige un alto precio que los seres vivos tributan en forma de energía: hay que aportar la necesaria para vencer la tendencia al desorden de los procesos químicos y físicos, y aún debe quedar disponible para aplicarla a un trabajo útil que permita el perfecto funcionamiento del organismo vivo. Cuando el balance se iguala, cuando el ser vivo no es capaz de aportar más energía de la necesaria para contrarrestar la tendencia al aumento de la entropía, o en otras palabras cuando el ser vivo entra en equilibrio con su entorno, sobreviene la muerte. De ahí el dramatismo de toda forma de vida, lanzada hacia delante de manera irreversible en huida de un equilibrio que significaría su final.

Este carácter vectorial, en tensión hacia delante es también propio de la vida humana con mayúsculas, que no es primariamente orgánica sino que excede esta categoría, como bien nos hizo ver Ortega: “Vivir es ir disparado hacia algo, es caminar hacia una meta. La meta no es mi caminar, no es mi vida; es algo a que pongo ésta y que por lo mismo está fuera de ella, más allá. Si me resuelvo a andar sólo por dentro de mi vida, egoístamente, no avanzo, no voy a ninguna

parte; doy vueltas y revueltas en un mismo lugar. Esto es el laberinto, un camino que no lleva a nada, que se pierde en sí mismo, de puro no ser más que caminar por dentro de sí”. Se trata, sin dejar a Ortega, de no renunciar a nuestro “destino más auténtico”, a descubrirlo y redescubrirlo cada día anticipando imaginativamente el futuro. Nada más alejado de la actitud de quien se instala en una atalaya de seguridades, por las que todo sacrifica, sin percatarse de que “la vida, individual o colectiva, personal o histórica, es la única entidad del universo cuya sustancia es peligro. Se compone de peripecias. Es, rigurosamente hablando, drama”. No se trata de asumir riesgos innecesarios sino de asumir los necesarios. Ninguna decisión, ningún proyecto que ponemos en marcha, están exentos de esta clase de riesgos. El vértigo que nos provoca el temor a equivocarnos llegamos a percibirlo claramente en las grandes encrucijadas de nuestra vida, pero toda ella “se compone de puros instantes, cada uno de los cuales está relativamente indeterminado respecto al anterior, de suerte que en él la realidad vacila, piétine sur place, y no sabe bien si decidirse por una u otra entre varias posibilidades. Este titubeo metafísico proporciona a todo lo vital esa inconfundible cualidad de vibración y estremecimiento”.

Volviendo al símil que nos proporciona la termodinámica, la instalación en un cómodo equilibrio nos hace estancarnos – y es sabido que el agua estancada se corrompe –, no avanzar y, paradójicamente, el orden a que aspirábamos se transforma a fuerza de reducir nuestro horizonte, de negar la verdadera naturaleza de nuestra vida en desazón, pesadumbre, disgusto y, en caso extremo, en completo caos y desorden. No se trata de negar ciertos equilibrios interiores; en la célula muchos procesos se sustentan en un juego de equilibrios regulados de manera precisa, pero a la postre la suma de todos ellos permite que la vida siga su curso vectorial. De igual manera tales equilibrios interiores, basados en convicciones, creencias, ideas nos impulsan a seguir hacia delante. Se trata, por tanto, de negar el equilibrio como meta en la que instalarnos, porque “la auténtica plenitud vital no consiste en la satisfacción, en el logro, en la arribada”.